

Capítulo 10 - Itinerarios alimentarios em contextos de precarización otras formas de comer, otras formas de vivir

Mabel Gracia Arnaiz

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

ARNAIZ, M.G. Itinerarios alimentarios em contextos de precarización: otras formas de comer, otras formas de vivir. In: BOSI, M.L.M., PRADO, S.D., And AMPARO-SANTOS, A., comps. *Cidade, corpo e alimentação: aproximações interdisciplinares* [online]. Salvador: EDUFBA, 2019, pp. 257-277. ISBN: 978-65-5630-010-8. <https://doi.org/10.7476/9786556300108.0013>.



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

CAPÍTULO 10

Itinerarios alimentarios en contextos de precarización otras formas de comer, otras formas de vivir

MABEL GRACIA ARNAIZ



INTRODUCCIÓN

En el siglo XXI, la seguridad alimentaria continúa sin estar garantizada para ochocientos millones de personas en el mundo. (FAO; FIDA; PMA, 2015) En diversos países de África, Latinoamérica y Asia existen serias dificultades para alimentar a una parte de sus poblaciones, alentadas por la creciente inestabilidad de unos precios de los alimentos que son determinados por las corporaciones transnacionales y las reglas del comercio internacional, la falta de inversiones en los sistemas agrícolas locales o la destrucción de los mercados autóctonos. (GRACIA-ARNAIZ, 2012)

Este fenómeno, con dimensiones y alcance muy distinto, también afecta a los denominados países del “primer mundo” en los que la pobreza alimentaria, como mostraremos aquí, no ha dejado de aumentar en la última década, favorecida por los efectos de la crisis económica global y la aplicación de políticas neoliberales que han puesto en jaque el estado de bienestar. (RICHEs; SILVASTI, 2014) En España, dicha pobreza se ha afrontado mediante el soporte de diversas redes sociales, pero sobre todo por medio de una progresiva institucionalización y corporativización de la ayuda alimentaria (RICHEs; SILVASTI, 2014) a través de los bancos de alimentos, los comedores populares o los supermercados sociales entre otros dispositivos, los cuales reproducen lógicas asistencialistas que si bien sirven para aliviar la falta de comida no resuelven el problema.

LA PRECARIZACIÓN DE LA VIDA COTIDIANA

En España, la “crisis” económica¹ ha constituido un punto de inflexión que muestra no sólo las paradojas de unas políticas improvisadas, sino los límites de un estado de bienestar precario que ha dado al traste con derechos fundamentales considerados incuestionables. Ya no se puede o debe seguir hablando de las sociedades de la abundancia alimentaria en el mismo sentido que hasta hace poco lo han hecho sociólogos y antropólogos (POULAIN, 2002), ni afirmar sin relativizar que han disminuido las diferencias sociales en el consumo (PAKULSKI; WALTERS, 1996)

1 Una parte de las ideas aquí planteadas han sido previamente discutidas en Gracia-Arnaiz, M. (en prensa, 2017). “Otras formas de comer fuera de casa: itinerarios alimentarios en un contexto de creciente precarización”. Este texto presenta una parte de los resultados de la investigación “Comer en tiempos de crisis: nuevos contextos alimentarios y de salud en España” (Plan Nacional I+D, CSO2012-31323, 2013-2015). De base etnográfica, el estudio incluyó tres niveles de análisis basados en la revisión bibliográfica, el tratamiento de fuentes documentales y estadísticas y el trabajo de campo de apoyo empírico en las principales ciudades de las comunidades de Cataluña y Murcia. Entrecorramos el concepto de “crisis” porque el término ha sido utilizado con frecuencia para referirse a una situación de constreñimientos económicos sobrevenidos y pasajeros que una vez resueltos nos devolverán al punto de partida. Sin embargo, las particularidades de esta “crisis” hacen pensar que no estamos en un período de inestabilidad coyuntural producida por alteraciones socioeconómicas previsibles, sino ante un cambio estructural de tendencias dados los recortes aplicados por los gobiernos neoliberales en algunas sociedades europeas y sus consecuencias en la pérdida de derechos sociales y en el empeoramiento de las condiciones materiales de vida de millones de personas.

particularmente en aquellos países cuyos sistemas productivos favorecen, cada vez más, el incremento de la disparidad entre ricos y pobres. El impacto de los recortes llevados a cabo ha hecho emerger las contradicciones y los límites de un sistema alimentario agroindustrial tan relativamente profuso en la producción de alimentos como cuestionable en su distribución y sostenibilidad, poniendo en evidencia la dualidad apuntada por Warde (1997), según la cual si bien, por un lado, es cierto que la oferta alimentaria es más flexible y particularizada que nunca, por otro, la clase social, cuyas fronteras son ahora más fluidas, continúa siendo la principal variable explicativa de la heterogeneidad y desigualdad en el consumo de alimentos. Así pues, esta situación sugiere que los principales problemas de la “posmodernidad/posfordismo” no son únicamente los provocados por la abundante, diversa y no siempre nutritiva comida que el sistema agroalimentario actual produce, ni por la profusión discursiva-normativa o los múltiples particularismos alimentarios, sino también, en las sociedades industrializadas, los de garantizar el acceso regular a toda la población, pero especialmente a las clases populares, a alimentos saludables, culturalmente significativos y económicamente sostenibles. (GRACIA-ARNAIZ, 2014)

En 2014, una coalición formada por organizaciones civiles y grupos de investigación² presentaron un informe en Naciones Unidas que ponía en tela de juicio que España estuviera cumpliendo con la obligación de dedicar el máximo de recursos disponibles para hacer efectivos los derechos sociales y garantizar la protección de los grupos de riesgo y exclusión mitigando así los impactos de la crisis económica, y recomendado, entre otras cosas, que el estado se abstuviese de favorecer medidas legislativas o de política pública que cuestionasen los derechos humanos y en particular el derecho de toda la población a una alimentación adecuada. En efecto, las razones que parecen estar cuestionando el derecho a la alimentación de un modo impensable hace apenas una década, tienen que

2 Información disponible en: <http://observatoridesc.org/es/informe-vulneracion-del-derecho-alimentacion-espana-ante-naciones-unidas>.

ver con los cambios económicos, políticos y sociales promovidos por los gobiernos neoliberales (LAPARRA; PÉREZ, 2012) al poner en práctica “recetas” para reducir el gasto público, visto éste último como uno de los principales males de las economías capitalistas postindustriales. Afectada por las tensiones generadas por la economía mundial, entre 2008-2013 España se enfrentó a obstáculos singulares como la fragilidad del sistema bancario, el estallido de la burbuja inmobiliaria y la destrucción masiva de empleo, los cuáles debilitaron aún más su economía y pusieron en jaque a la administración del estado que optó por reforzar a la banca, reformar el mercado laboral, recortar derechos sociales y sanitarios, contener las pensiones y subir los impuestos directos e indirectos tales como el IRPF o el IVA. (NAVARRO, 2015)

La “crisis” ha afectado a toda la población pero los más pobres han perdido más que los más ricos, siendo las clases populares las que más han sufrido los efectos negativos de estas políticas. Entre 2008 y 2012, los ingresos medios de los hogares bajaron un 11%, mientras que los sueldos más altos subieron en el mismo trienio un 2,4%. (BOLAÑOS, 2014) Desde el punto de vista comparativo, la evolución de la pobreza y la exclusión social en España durante 2008-2014 ha sido más acentuada que el conjunto de la Unión Europea. (MSSI, 2014) Es el segundo país de la OCDE donde más ha descendido el salario mínimo en comparación con el salario medio (OCDE, 2014) y donde más ha crecido la desigualdad económica. Aunque las cifras macroeconómicas de 2015 han mejorado en algunos aspectos relativos a la tasa de desempleo, situándose en 20,90% según la EPA, las condiciones de vida han empeorado para muchas personas. Los nuevos contratos han permitido bajar el número de parados, pero evidencian que el empleo continua siendo escaso, de peor calidad, con más temporalidad que antes, y lo que es más importante, con salarios que en muchas ocasiones no permiten salir de la pobreza. (AYLLÓN, 2015) En este sentido, estar empleado es compatible con ser pobre. De hecho, el 12% de personas con empleo están por debajo del umbral de la pobreza (CARITAS EUROPA, 2015), y aunque la tasa del desempleo ha disminuido en los dos últimos años, todavía hay más de 4 millones desempleados.

(INE, 2016) En la UE, la tasa AROPE – que combina tres factores de desigualdad: renta, privación material severa y baja intensidad de trabajo en el hogar – era del 23,7% en 2008, algo superior a la española, y si bien ha aumentado desde entonces, el incremento ha sido mucho más suave que el registrado en España (1,3 puntos porcentuales entre 2008-2012 frente a los 3,7 de España en el mismo período). Después de llevar dos años estancada en el 27% (en 2011 y 2012), en 2014 la tasa aumentó dos puntos alcanzando el 29,2%. Esto significa reconocer que más de 13 millones de personas en España son pobres, y entre ellas casi 3 millones son niños, de los cuales 840 mil son pobres crónicos.

Las nuevas formas de pobreza presentan realidades diversas: familias con los adultos desempleados, hogares unifamiliares con hijos menores, jubilados con pensiones reducidas o inmigrantes ilegales. Aparece un nuevo perfil de demandantes de ayuda compuesto por personas que procediendo con frecuencia de estratos medios o medios-bajos su vida cotidiana se ha fragilizado por la falta recurrente de recursos para subsistir. Ésta se corresponde con la noción de precarización ofrecida por Paugam (2000), la cual refleja una idea dinámica sobre aquello que, relacionado con la inestabilidad socioeconómica, se concibe como un proceso. No es necesario estar en la pobreza extrema para vivir la experiencia de la precarización. Un obrero o un pequeño comerciante pueden quedarse sin trabajo o perder la cartera de clientes y pasar por un período de inestabilidad económica y social. La precarización no remite solamente a un indicador monetario, sino también a los cambios producidos que suponen restricciones en el consumo, dificultades para pagar la vivienda, la hipoteca, los recibos de luz y gas, o para la adquisición de comida. Remite, en definitiva, a la idea de fragilización social, y es un continuum entre la integración y la exclusión. No obstante, también alude a la noción que defiende Lorey (2015), según la cual la precarización ya no es una situación excepcional. Ha sido instalada por el neoliberalismo y atraviesa la cotidianidad. Entraña dificultades, sí, pero también oportunidades para la búsqueda de nuevas formas de subsistencia que cuestionan la viabilidad del sistema.

CONTEXTOS DE CRISIS: LA POBREZA ALIMENTARIA

El progresivo empobrecimiento provocado por las políticas económicas basadas en la austeridad ha tenido múltiples consecuencias en las maneras de vivir de los grupos más afectados y, en consecuencia, en sus maneras de comer. En términos de consumo, las personas con menos recursos disponen de menos oportunidades para adquirir alimentos variados y de calidad, y en menor frecuencia. Algunos autores señalan la pérdida del poder adquisitivo como la principal causa que explicaría la evolución del consumo de ciertos productos, especialmente los más baratos y menos saludables (ANTENTAS; VIVAS, 2014) y también del descenso del gasto de alimentación extradoméstico. Para Medina, Aguila y Fornons (2015), los datos ofrecidos por el Panel de Consumo Alimentario para Cataluña en el 2008, año en que se podría situar el inicio de la crisis, y comparándolos con los de 2012, ratifican la tendencia a la baja en el consumo de alimentos en general (746,87 kg de alimentos per cápita en 2008 frente a 705,62 kg en 2012), con mayor afectación para el grupo de la leche (no así para los yogures y quesos, que bajan de manera moderada), las hortalizas y el pan, seguidos de la carne, las frutas, las patatas y el pescado. En sentido contrario, se observa un ligero aumento en el consumo de cerveza y de platos preparados. Con todo, hay que ser prudentes a la hora de interpretar los patrones dietéticos según esta fuente estadística, pues estos estudios sólo suelen mencionar la evolución del consumo per cápita de los grandes grupos de alimentos (por ejemplo, grasas y aceites), dentro de los cuales puede haber alimentos más o menos nutritivos o asequibles. Por otro lado, productos considerados altamente saludables, como las frutas y los vegetales, apenas han variado entre 2008-2014. (MARTIN, 2016)

Uno de los impactos más notables de la creciente precarización se concreta en las dificultades que las personas tienen que afrontar cuando tratan de cubrir las necesidades básicas, lo que se refleja en los indicadores recogidos en la Encuesta de Condiciones de Vida (2013): el 16,9% de los hogares manifiesta que es muy difícil llegar a final de mes,

un 3,4% más que en 2012, mientras que en el 27% no se pueden permitir una comida a base de carne, pollo o pescado cada día. Por su parte, el último informe de FOESSA (FONAYET, ERASO, 2014), señala que el 16% de los españoles se vieron obligados a seguir una dieta inadecuada por falta de recursos económicos. Las personas que ven limitados sus recursos tratan de reducir gastos, y ello incluye la alimentación. Esta reducción del gasto puede alcanzarse minimizando las sobras, incrementando la compra de productos de marca blanca, o priorizando el precio como principal criterio para seleccionar y preparar las comidas. (GRACIA-ARNAIZ, 2014) Si con estas medidas no es suficiente, entonces buscan ayuda fuera de casa.

En relación con estas dificultades, las políticas gubernamentales de los últimos cinco años han sido contradictorias. Por un lado, han recortado prestaciones sociales que han aumentado la pobreza, y por otro han tenido que incrementar o idear dispositivos y programas para amortiguar la creciente inseguridad alimentaria. (KRAMER; GRACIA-ARNAIZ, 2015) Actualmente, el Plan de Ayuda Alimentaria de la Unión Europea (UE), co-financiado con fondos comunitarios y estatales, es el programa de mayor alcance que ofrece este tipo de ayuda en España. En 2015, a través de este plan se compraron 115 millones K/l. de alimentos como arroz, tarritos infantiles, cereales infantiles, leche de continuación en polvo, garbanzos, alubias, leche entera UHT, aceite de oliva, conservas de atún, espaguetis, tomate frito en conserva, crema de verduras deshidratada, galletas, judías verdes en conserva y fruta en conserva sin azúcar añadido. Estas acciones se acompañan del programa de retirada de fruta/verdura para ser distribuida gratuitamente. Si en 2010 el gobierno compró 63 millones k/l de alimentos, en 2015 la cifra casi se ha duplicado.

Las organizaciones caritativas y civiles han sido las principales gestoras de las ayudas alimentarias que han llegado a las personas en situación de precarización. Entidades de estructura supranacional como el Banco de Alimentos, Cruz Roja o Cáritas han acometido acciones de almacenamiento y distribución de productos básicos procedentes de excedentes del sector agroindustrial o donaciones particulares. Las dos últimas, en colaboración

con las administraciones locales, han desarrollado también otros programas como los bonos sociales para la adquisición de alimentos o los comedores y supermercados sociales. Un ejemplo de estos dispositivos dispuestos en las principales ciudades son las tarjetas-monedero que permiten comprar los alimentos en supermercados y establecimientos comerciales sin visibilizar el perfil de demandante y evitar así su estigmatización:

dignificar la ayuda alimentaria, promover que las personas que se han empobrecido puedan seguir comprando en los establecimientos donde lo hacían normalmente y que sean ellas mismas las que decidan qué alimentos les hacen falta para que su alimentación sea equilibrada, suficiente y adaptada a sus necesidades. (CÁRITAS DIOCESANA DE BARCELONA, 2015)

La administración pública, por tanto, ha optado por afrontar el problema de pobreza alimentaria reforzando el papel de estas organizaciones, su institucionalización y corporativización. Según los datos proporcionados por la FESBAL (2014), la Federación Española de Banco de Alimentos, en 2014, recogió millones de kilos de alimentos; esta cifra supone un incremento del 50 % con respecto a la pasada edición.

Se desconoce, sin embargo, las dimensiones sociales y sanitarias de este problema. Al margen de los numerosos monográficos sobre la pobreza y exclusión social que se han ido produciendo durante estos últimos años por diferentes organizaciones y observatorios (Fundación FOESSA, Cáritas, Cruz Roja...), en España no se ha elaborado ningún informe oficial o encuesta específica sobre el hambre, la inseguridad y ayuda alimentaria, como recientemente han hecho otros países europeos (Feeding Britain, 2015-2016 en Reino Unido o Etudes ABENA para Francia). Ni siquiera el “Barómetro de la Seguridad Alimentaria” llevado a cabo por la Agencia Catalana de Seguridad Alimentaria de Cataluña desde 2008 hasta 2015 ha incorporado nuevas variables que vayan más allá de recoger datos sobre conocimientos nutricionales, hábitos y percepción del riesgo.³ Desafortunadamente, no disponemos de

3 Disponible en: <http://www.gencat.cat/salut/acsa/html/ca/dir3059/index.html>.

diagnósticos precisos sobre el alcance de este fenómeno porque en realidad no existe consenso sobre su naturaleza. Tampoco hay herramientas metodológicas que hagan mediciones directas de esta cuestión, y muchos de los datos disponibles proceden de fuentes secundarias.

Lo que han hecho algunas instituciones caritativas o humanitarias, como la Cruz Roja, es adoptar el término de “seguridad alimentaria” aceptado por la FAO y utilizado en la esfera de la cooperación al desarrollo y la emergencia humanitaria, entendiendo por seguridad alimentaria el derecho a la alimentación, es decir,

a tener acceso de forma individual y/o colectiva, de forma regular y permanente, a una alimentación adecuada y suficiente, y a los medios necesarios para producirla, de forma que se corresponda con las tradiciones culturales de cada población y garantice una vida física y psíquica satisfactoria y digna de las personas. (FAO, 2011)

Según esta institución, en la actualidad más de 2,5 millones de españoles dependen de los recursos sociales públicos y/o privados para poder comer diariamente. (CÁRITAS ESPAÑOLA, 2013) Un estudio realizado por Cruz Roja en Cataluña entre familias usuarias de programas contra la pobreza, muestra que el 29,5% de las personas con niños a cargo perciben que sufren inseguridad alimentaria leve, el 40,7% moderada y el 21,7% severa. (CREU ROJA, 2015) El 60,6% de las familias no tienen una dieta óptima – el 54,4% deberían mejorar su dieta y el 6,2% de muy baja calidad –, y más de la mitad de las familias asegura que su alimentación proviene sobre todo de donaciones de entidades sociales y ayudas de familiares y amigos.

Estas ayudas alimentarias se han incorporado al conjunto de nuevas y viejas estrategias de abastecimiento, distribución y consumo entre las personas más empobrecidas (GRACIA-ARNAIZ, 2014), las cuales son muy semejantes a las llevadas a cabo en otros países europeos. (CAPLAN, 2016; SUTTON, 2014) Se trata de variaciones respecto a los lugares de compra, tipos y frecuencia de productos adquiridos o marcas elegidas buscando los más baratos para gastar menos; a la comensalidad,

disminuyendo las comidas hechas en restaurantes o bares y las celebraciones en casa; a las formas de preparar los menús, evitando cocinar platos que requieren mucha energía y, particularmente, a la cantidad y tratamiento de las sobras, procurando un mayor ajuste entre lo comprado y consumido o minimizar el desperdicio o reciclar lo que se sobra. También se han cambiado las maneras de pensar la comida, entendiéndose como un bien de acceso limitado e incierto que hay que racionalizar, proteger y redistribuir. La necesidad ineludible – aunque flexible – de comer para subsistir hace que se busquen todos los recursos posibles.

Aunque se trata de sujetos heterogéneos en origen, trayectorias y expectativas, nuestro estudio muestra cambios sustantivos en las prácticas alimentarias en general, aunque formas de abastecimiento constituyen el ámbito donde mejor se recogen las tensiones provocadas por las dificultades sobrevenidas. Al margen de lo que se puede adquirir en las tiendas, entre las personas con menos recursos, el abastecimiento de comida se produce a través de la asistencia social – comedores públicos, becas, tarjetas-moneder, despensas –, de recoger las sobras de restaurantes, supermercados o contenedores de basura, de recurrir a los repartos de alimentos en las calles, de cultivar huertos, de practicar la mendicidad e incluso al hurto en establecimientos o mercadillos. Por ejemplo, “comer en/de la calle”, y en particular, de los restos/desperdicios constituye una práctica relacionada tanto con la precarización económica como con la toma de conciencia de que la comestibilidad puede ir más allá de los espacios convencionalmente “seguros” de los establecimientos que venden comida. (MONSERRAT, 2015)

ITINERARIOS ALIMENTARIOS: COMER “FUERA DE CASA”

Como hemos ilustrado en trabajos anteriores, la partida alimentaria es la más flexible del presupuesto personal familiar. (GRACIA-ARNAIZ, 1996) Ciertamente, las personas deben comer para subsistir, pero cómo lo consiguen, y cómo cubren esas necesidades depende, en buena medida, de las prioridades y dificultades que tienen que afrontar diariamente.

Las personas que han vivido procesos rápidos de precarización han visto reducir su capacidad adquisitiva hasta el punto de que no pueden acceder a los bienes esenciales. El desempleo, el fin de las prestaciones sociales o el tener que hacer frente a un préstamo hipotecario suelen referirse como las principales causas que motivan a las personas a buscar soporte alimentario. (EGBE, 2015)

Si por un lado, los sentimientos de impotencia y vergüenza ante los apremios cotidianos han sido reiteradamente relatados por los informantes, por otro también han reconocido casi unánimemente que se consideran afortunados por haber encontrado soporte en diferentes lugares y personas:

Al principio no sabes a qué puerta llamar, pero una vez dejas la vergüenza en casa, te informas de las posibilidades que hay y empiezas a preguntar. Primero en el CAP buscas a la asistente social, vas al Ayuntamiento y explicas tu caso. Te acercas a Cruz Roja, o la parroquia también, depende. Te pueden dar una despensa de emergencia, pero suelen analizar tu caso y luego te dicen a qué puedes optar, con qué frecuencias, donde puedes ir a recoger producto, y vas haciendo.... (María, 45 años)

En efecto, las diferentes administraciones han ido ampliando o desarrollando diferentes formas de ayuda que actúan como una especie de “válvula de seguridad moral” (POPPENDIECK, 1998), mediante las cuales se trataría de cubrir las necesidades nutricionales de los grupos más desfavorecidos, aliviando la presión social que genera al Estado y las administraciones públicas pensar que entre la ciudadanía hay gente hambrienta. Estas instituciones se plantean como un logro moral, pues ponen en funcionamiento los valores de solidaridad/altruismo de las miles de entidades donantes y distribuidoras de alimentos y de las personas voluntarias que participan. Se trataría, en cualquier caso, del triunfo de una caridad vertical y una solidaridad no-crítica, pues aquello que se dona o regala no pretende modificar las causas que producen la pobreza, sino aliviarla. Un ejemplo es el papel adquirido por los bancos de alimentos, que se abanderan como la institución capaz de hacer el mejor uso posible de los excedentes alimentarios, evitando el

despilfarro, alimentando a los grupos más desfavorecidos y ayudando a las empresas a aumentar su responsabilidad social y marketing solidario. (MONTAGUT; GASCÓN, 2014)

Al margen de la capacidad que tienen esas instituciones de poner en circulación alimentos procedentes de la agroindustria y las donaciones privadas y hacerlos llegar a los más pobres, nos interesa enfatizar que éste es un recurso entre otros. Los itinerarios alimentarios no se acaban con los recursos caritativos, pues las personas tratan de resolver la falta de acceso regular a la comida recurriendo a diversos interlocutores y tácticas. Los informantes explican que unas de las primeras medidas adoptadas para gastar menos en comida ha sido, junto el aprovechamiento de las sobras, comprar productos de marcas blancas y evitar caprichos, y hacer platos sencillos y de cocción rápida. Pero sobre todo, dejar de salir a comer fuera. Llama la atención, al menos relativamente, la escasa comida que hay en las despensas de quienes reciben ayuda alimentaria y, por el contrario, la cantidad de veces que algunas personas salen del domicilio para comer. En los casos de precarización extrema, numerosas comidas no están resolviéndose en casa. En estos casos, se opta por estrategias que no siendo necesariamente nuevas o desconocidas sí que representan un modo muy distinto de “comer fuera”, ya no como sinónimo de hacerlo por razones de trabajo o tiempo libre, sino porque fuera se encuentran diversos recursos que no requieren emplear sus cocinas, en algunos casos inservibles por falta de energía.

Una parte significativa de los informantes cuentan que desde que sus condiciones de vida han empeorado están comiendo menos en casa, y están cocinando poco. Explican que ya no gestionan su presupuesto familiar como solían hacerlo antes de que su vida se precarizara, cuando tenían uno o dos salarios estables y pleno empleo. Ninguno de ellos había pensado antes que iba a encontrarse en esa situación; ninguna madre pensó que tuviera que saltarse una o dos comidas al día para garantizar la alimentación de sus hijos, o comer menos por imposición: *“reparto lo que hay, y voy de más a menos, primero mis hijos, después mi marido y yo la última. Si tengo hambre como más pan... y bebo más agua. Se hincha en el*

estómago y te calmas. (Carmen, 49 años) La falta de ingresos y recursos estables o muy bajos, las demandas de imponderables como pagar recibos de gas, luz o vivienda, les hace “improvisar” en muchos ámbitos, y también en el terreno alimentario:

yo fui a buscar allí donde creía que me podían ayudar, primero al ayuntamiento, pero la verdad no sabía por dónde empezar. Recuerdo la vergüenza que pasé con la recogida de la escuela, preguntándole a la maestra de mi hijo donde iban a parar esas bolsas de comida que se amontonaban cada día en la entrada y si yo podía conseguir alguna. (Rosa, 37 años)

Sus estrategias, en este sentido, se diversifican: no sólo consisten en buscar alimentos para llevar a casa, sino en comer donde sea posible. Además, estas estrategias son variables dependiendo de cada situación particular, en función de si las personas viven solas o hay niños pequeños, si son mayores, hombres o mujeres. Los grupos que han establecido itinerarios más complejos son las familias con menores a su cargo. Las responsables de la alimentación diaria, generalmente mujeres, dicen que los alimentos no perecederos que les dan a través de las asociaciones caritativas no cubren sus necesidades: *“comemos muchos hidratos, pero poca proteína y vitaminas no sé, porque mucha fruta o legumbres que comemos son de lata”*. (Elisa, 32 años) Disponen de pasta y arroces de forma habitual, de leche y de atún, pero sin embargo, la fruta, la verdura, huevos y carnes los reciben con mucha menos frecuencia.

Los informantes que comen fuera de casa, lo hacen por diferentes motivos y de distinto modo. Una posibilidad es seguir comiendo en otros “hogares”. Algunas familias han accedido a pisos gestionados por instituciones caritativas o habilitados por los ayuntamientos para que allí se pueda cocinar, e incluso comer. En estos hay un almacén con alimentos no perecederos (pasta, arroz...), y los usuarios llevan los perecederos, a veces comprados, otras obtenidos en bancos de alimentos o con los cheques de supermercado. Tienen tres horas asignadas a la semana, y se organizan para cocinar. Suelen hacer platos sencillos y así optimizar el poco tiempo disponible. Hacen lo más rápido, y varios platos a la vez:

pasta con paté o atún; arroz blanco/a la cubana; sopas de verduras deshidratadas o de pasta/arroz en invierno. Las legumbres de latas se sofríen con ajos, o guisan con patatas u otras hortalizas si se tienen. En algunos casos, se puede comer ahí mismo, aunque la mayoría se lleva las fiambreras para casa. En uno de ellos, cada quince días se hacen talleres de cocina con cocineros voluntarios enviados desde el ayuntamiento. Estos les enseñan a hacer comidas *sanas/baratas/buenas*, parecidas a las del recetario publicado por la Cruz Roja en 2015⁴ donde aparecen propuestas de comidas de menos de 1 euro elaboradas por reconocidos chefs dispuestos también a compartir sus conocimientos con los pobres.

En el caso de que en el grupo doméstico haya hijos menores, la comida del mediodía que antes se hacía normalmente en casa, ahora, si se ha accedido a una subvención total o parcial del menú, se resuelve en el comedor escolar y, por tanto, fuera del hogar también. Hay niños que también realizan el desayuno y la merienda en la escuela. Este programa de ayuda se dirige a las familias con menos recursos y está organizado desde las AMPAS de algunos centros de los barrios populares. Las familias agradecen esta posibilidad porque dicen que así están seguras de que *“al menos mis hijos hacen una buena comida al día”*. (Fina, 31 años)

Otra forma de comer fuera de casa entre las personas emancipadas consiste en “regresar” al hogar de padres y madres. En España hay muchos jubilados acogiendo a sus hijos y nietos; cocinando con lo que sus hijos obtienen de donaciones (si las han pedido y no las consumen en su casa) o comprando comida con el dinero de sus pensiones: *“y yo que me quejaba porque mi pensión no llegaba a los 800 euros, pues ahora con ella comemos todos, nosotros y mis hijos y nietos”*. (María, 72 años) Acudir a la casa natal para comer es percibida como una posibilidad menos vergonzante: *“me evita la vergüenza de tener que pedir comida por ahí, lo prefiero mil veces antes que un comedor social”*. (Marta, 41 años) Pero no solo se

4 En Cataluña, la Cruz Roja ha presentado el recetario de cocina “Para comer bien, bueno y barato” que cuenta con la colaboración de Nestlé, disponible en: <http://www.creuroja.org/AP/cm/4882P235L8/La-Creu-Roja-presenta-un-receptari-d-apats-saludables-a-menys-d-1-de-cuiners-catalans-de-gran-renom.aspx>.

trata de vergüenza. Reconocen que es más cómodo y emocionalmente, si no hay discusiones, más reconfortante. Además de no estar sujetos a horarios tan inflexibles, pueden comer platos familiares que además suelen responder a sus gustos: *“mi madre siempre me pregunta ¿hoy que os hago?, y sabe lo que nos gusta a cada uno y lo que no. Pero su cocina no es un restaurante, está claro, así que nos adaptamos. El caso es comer caliente todos y con los tuyos”*. (Marta, 41 años)

Acudir a un comedor social es otra forma habitual de comer fuera, aunque no está al alcance de todos los informantes. A pesar de que su número ha aumentado desde 2009 en muchas ciudades, y se dan más servicios diarios, el acceso suele producirse por derivación de los servicios sociales. Hay informantes que lo consideran como una opción más entre otras posibilidades. Suele cubrir una misma comida, sea la del mediodía o el desayuno, aunque en Barcelona se ha abierto un comedor social en horario nocturno. Puede ser un recurso para toda la familia, pero en la mayoría de casos asisten parejas de personas mayores o en solitario. Los hay gestionados por las parroquias, las autoridades locales o las organizaciones civiles y cuentan con personal contratado y voluntariado. (KRAMER; GRACIA-ARNAIZ, 2015) El almuerzo prácticamente se prepara con los productos procedentes de donaciones del banco de alimentos y donaciones privadas. Además de mantener la estructura tripartita de la comida (primer plato, segundo y postres), se intenta combinar y preparar los alimentos mediante procesos que repliquen recetas más o menos habituales y culturalmente aceptables (fideos a la cazuela, paella, estofado de carne, cocido etc.). Esto no significa necesariamente que se cumplan las expectativas y deseos de los comensales. La acogida se percibe dialécticamente. Se mezclan las emociones de agradecimiento por el acogimiento y la posible comensalía “encontrada”, junto con las de pérdida de autonomía sobre las decisiones alimentarias y satisfacción de gustos. De hecho, los comensales tienen poca (o ninguna) autonomía para decidir “qué”, “cuanto”, “dónde”, “cuándo” y “con quién” comer.

Otras formas de comer fuera de casa consiste en acudir a los bares a desayunar o comer donde saben que hay un *Café pendiente* o una *Comida*

pendiente, los cuales se identifican con logos específicos. El cliente paga uno o dos cafés o comida, además de lo que se toma. El usuario puede elegir café con leche, bocadillo, pasta, zumo. Entre nuestros informantes, sólo tres hombres reconocen utilizar este recurso y lo hacen esporádicamente, porque no siempre “*alguien se acuerda de ti*”. (Luis, 53 años)

Finalmente, comer en todos estos espacios puede ser simultáneo con el consumo de alimentos recogidos en establecimientos destinados a la venta de comida u obtenidos en el reparto en la calle realizado por organizaciones humanitarias o agrupaciones vecinales en puntos concretos de los barrios de la ciudad. Con todo, se trata de prácticas que a veces han sido prohibidas por la administración local o regional al no contar con el suficiente control sanitario. Algunas de las personas que habitualmente recurren a estos dispositivos son aquellas que antes de la crisis ya no tenían un domicilio fijo, aunque cada vez más están siendo frecuentados por sujetos que nunca habían acudido con anterioridad. En general, pedir comida en los establecimientos o recoger la que se reparte en la calle es visto como una posibilidad más para incrementar sus escasos recursos. Los informantes se saben las horas/días/lugares donde se distribuyen comidas, las cuales suelen repartirse por la noche o a primera hora de la mañana, coincidiendo con el desayuno. En Barcelona se ha editado una guía para informar sobre la localización de estos dispositivos, con mapas de ubicación, horarios y tipo de servicios ofrecidos.⁵ En estos lugares se reparten normalmente bocadillos de tortilla, queso o jamón, algunas frutas, sopas calientes o cafés con leche y pastas.

Paralelamente, mujeres y hombres también explican que visitan los bares, supermercados y tiendas de comida, pastelerías o cafeterías del barrio para recoger las posibles mermas o alimentos. Se trata de restos de pasteles o pan no vendidos, tapas, platos cocinados del menú o paquetes de alimentos cuyo envase se ha estropeado. Estos comercios suelen incluir la comida sobrante en bolsas o tupperes de plástico o cajas de cartón.

5 Es el caso de la guía publicada por parte de la Comunitat de Sant'Egidio para la ciudad de Barcelona, disponible en: http://www.santegidio.org/documenti/doc_1069/Guia_ON_2016_def.pdf.

Otras veces, y cuando se trata de una práctica sistemática, son los informantes los que llevan sus propios recipientes. Otras iniciativas relacionadas con la distribución gratuita de comida son las tiendas/bancos de alimentos organizados por comunidades de vecinos en los barrios más deprimidos de la ciudad. Las tiendas dicen que no dan abasto repartiendo alimentos entre religiosas, voluntarios de ONG y usuarios: “*¡Aquí ya no se tira nada!*”. (vendedor de supermercado, 2A) En general, las personas pueden optar por comerse estos alimentos en la misma calle, “*depende del hambre que tenga o del tiempo que haga*” (Enric, 52 años), o a veces se los llevan a su casa para cocinarlos y/o compartirlos con otros miembros del grupo, o simplemente para consumirlos en otro momento del día.

En la calle se encuentran personas que recurren a las sobras por necesidad con aquellas otras que lo hacen por su ideología anticonsumista. Estas últimas son quienes, a su vez, acostumbran a estar en la organización de las *disco soup*, cuyo objetivo es apropiarse ocasionalmente del espacio público (plazas, mercados, hospitales) para hacer una gran comida reivindicando la reducción del despilfarro alimentario. Durante el trabajo de campo, asistimos en noviembre de 2014 al Gran Dinar Barcelona, organizada en el barrio de El Raval por la Plataforma “Aprofitem els Aliments”. Con la colaboración de más de 150 voluntarios se cocinó para 4 mil personas. Si bien es cierto que por su carácter esporádico no suponen una fuente regular de comida entre nuestros informantes, su participación es socialmente relevante. Se trata de comidas cuyo objetivo es mostrar que otras formas de comer más baratas, saludables y sostenibles son posibles. Suelen ser organizadas por gente muy crítica con el sistema agroindustrial global, especialmente en lo relativo al despilfarro y costes medioambientales. Coincidiendo con la crisis económica, estos activistas han incorporado en sus reflexiones los efectos de la progresiva precarización económica de la población. Defienden la democracia horizontal y la necesidad de buscar otras alternativas frente a la pobreza alimentaria que no reproduzcan las lógicas asistencialistas. Algunas de estas plataformas tienen como objetivo concienciar a las personas más vulnerabilizadas por el sistema de la necesidad de cambiar las reglas del juego invitándolas a participar

activamente en proyectos generadores de recursos en sus comunidades, aprendiendo a producir alimentos (huertos sociales), o a rescatar y reutilizar alimentos producidos pero desconsiderados como comestibles. Se persigue, en cualquier caso, responder a las políticas económicas que están dificultando su derecho a la alimentación.

CONCLUSIÓN

Todas estas maneras de “comer fuera” (comedores sociales, casas de familiares, talleres culinarios, calle, cooperativas vecinales) constituyen ejemplos ilustrativos acerca de cómo las nuevas situaciones sociales condicionan las opciones alimentarias de los más pobres. Uno de los aspectos más importantes de esta crisis económica es precisamente la disminución de la capacidad de obtener alimentos de forma regular y autónoma entre personas en situación de precariedad económica, lo que ha llevado a reaparecer términos como “escasez”, “comer lo que se puede” o “saltar comidas” en su lenguaje cotidiano. En el actual contexto de incertidumbre, evidencian que estas personas han de buscar recursos en diferentes lugares y gestionar el acceso a la comida interpelando a la ayuda de instituciones e interlocutores diversos. Con los alimentos que compran, se les da, o se encuentran de una u otra manera, tratan de crear o reproducir comidas que sean aceptables personal y socialmente. Algunas de estas soluciones evidencian experiencias de sufrimiento pues a menudo el pedir comida o buscarla entre las mermas se acompañan de sentimientos de vergüenza y culpa, pero otras implican una respuesta alternativa a las políticas económicas que están cuestionando el derecho a la alimentación como nunca antes se había hecho desde la transición democrática, pues superan las habituales formas de asistencia promovidas desde las entidades caritativas. Remiten, en su conjunto, a los modos en que este país ha institucionalizado/corporatizando las formas de seguridad alimentaria (solidaridad no-crítica), las cuales coexisten con otras redes sociales de soporte las cuales están asumiendo iniciativas de apoyo que deberían ser responsabilidad de los estados que sistematizan la precarización como forma de vida.

REFERENCIAS

ANTENTAS, J. M.; VIVAS, E. Impacto de la crisis en el derecho a una alimentación sana y saludable. *Gaceta Sanitaria*, Barcelona, v. 28, p. 58-61, 2014. Suplemento 1.

AYLLÓN, S. *Infancia, pobreza y crisis económica*. Barcelona: Obra Social La Caixa, 2015. (Colección Estudios Sociales, n. 40).

BOLAÑOS, A. España sufre la crisis más desigual. *El País*, Madrid, 2014. Disponible en: https://elpais.com/economia/2014/06/19/actualidad/1403175466_879515.html. Acceso en: 22 jan. 2015.

CAPLAN, P. Big society or broken society?: Food banks in the UK. *Anthropology Today*, Hoboken, v. 32, n. 1, p. 5-9, 2016.

CÁRITAS DIOCESANA DE BARCELONA. Cáritas implementará la tarjeta barcelona Solidaria para alimentos a las familias en toda la demarcación. Barcelona, 16 enero 2015. Disponible en: <https://blog.caritas.barcelona/es/ayuda-a-necesidades-basicas/caritas-implementara-la-tarjeta-barcelona-solidaria-para-alimentos-a-las-familias-en-toda-la-demarcacion/>. Acceso en: 22 jan. 2015.

CÁRITAS ESPAÑOLA. *VIII Informe del Observatorio de la Realidad Social*. Madrid, 2013. Disponible en: http://www.caritas.es/publicaciones_download.aspx?id=4706. Acceso en: 22 jan. 2015.

CARITAS EUROPA. *Poverty and Inequalities in the rise*. Brussels, 2015. Disponible en: http://www.caritas.eu/sites/default/files/caritascrisisreport_2015_en_final.pdf. Acceso en: 13 dez. 2015.

CREU ROJA. *L'accès de la infància a l'alimentació saludable*. Barcelona: Observatori de Vulnerabilitat, 2015.

EGBE, M. E. Human agency at work: the case of food insecurity in Sub-Saharan African immigrant population in Tarragona. In: OBSERVATORIO DE LA ALIMENTACIÓN, 2015, Barcelona. *Anales* [...]. Barcelona, 2015. p. 408-501.

FAO. *Una introducción a los conceptos básicos de la seguridad alimentaria*. Roma, 2011. Disponible en: <http://www.fao.org/3/a1936s/a1936s00.pdf>. Acceso en: 13 dez. 2015.

FAO; FIDA; PMA. *El estado de inseguridad alimentaria en el mundo: cumplimiento de los objetivos internacionales para 2015 en relación con el hambre: balance de los desiguales progresos*. Roma, 2015. Disponible en: <http://www.fao.org/3/a-i4646s.pdf>. Acceso en: 13 dez. 2015.

FESBAL. *Gran recogida nacional de alimentos 2014: un éxito de la generosidad de los españoles*. Madrid, 2014. Disponible en: <https://www.fesbal.org/gran-recogida-nacional-de-alimentos-2014-un-exito-de-la-generosidad-de-los-espanoles/>. Acceso en: 19 jul. 2019.

FONAYET, F. V.; ERASO, A. B. *La pobreza en España desde una perspectiva de género*. Madrid: Fundación Foessa, 2014. Disponible en: http://www.foessa2014.es/informe/uploaded/documentos_trabajo/15102014141447_8007.pdf. Acceso en: 3 mar. 2015.

GRACIA-ARNAIZ, M. Comer en tiempos de “crisis”: nuevos contextos alimentarios y de salud en España. *Salud Pública de México*, Cuernavaca, v. 56, n. 6, p. 648-653, nov./dic. 2014.

GRACIA-ARNAIZ, M. La faim dans le monde. In: POULAIN, J. P. (dir.). *Dictionnaire des cultures alimentaires*. Paris: PUF, 2012.

GRACIA-ARNAIZ, M. *Las paradojas de la alimentación contemporánea*. Barcelona: Icaria, 1996.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA – INE. *Encuesta de Condiciones de Vida (ECV): resultados definitivos: año 2013*. Madrid, 2014. Disponible en: <http://www.ine.es/prensa/np844.pdf>. Acceso en: 13 dez. 2015.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA – INE. *Encuesta Población Activa (EPA): cuarto trimestre de 2015*. Madrid, 2016. Disponible en: <http://www.ine.es/daco/daco42/daco4211/epa0415.pdf>. Acceso en: 13 dez. 2015.

KRAMER, F. B.; GRACIA-ARNAIZ, M. Alimentarse o nutrirse en un comedor social en España: reflexiones sobre la comensalidad. *Demetra: Alimentação, Nutrição & Saúde*, Rio de Janeiro, v. 10, n. 3, p. 455-466, 2015.

LAPARRA, M.; PÉREZ, B. (coord.). *Crisi i fractura social a Europa: causes i efectes a Espanya*. Barcelona: La Caixa Obra Social, 2012.

LOREY, I. *State of insecurity: government of the precarious*. Londres: Versobooks, 2015.

MARTIN, V. Cincuenta años de alimentación en España: principales cambios en la demanda de alimentos y bebidas. *Distribución y Consumo*, Madrid, v. 3, p. 66-88, 2016.

- MEDINA, F.; AGUILAR, A.; FORNONS, D. Alimentación, cultura y economía social: los efectos de la crisis socioeconómica en la alimentación en Cataluña (España). *Sociedade e Cultura*, Goiânia, v. 18, n. 1, p. 55-64, 2015.
- MONSERRAT, M. A. Del junk food, al food from the junk: comer “de” y “en” la calle en tiempo de crisis. In: OBSERVATORIO DE LA ALIMENTACIÓN, 2015, Barcelona. *Analess* [...]. Barcelona, 2015. p. 1816-1834.
- MONTAGUT, X.; GASCÓN, J. *Alimentos desperdiciados: un análisis del derroche alimentario desde la soberanía alimentaria*. Barcelona: Icaria, 2014.
- MSSI. *Plan de Acción para la Inclusión Social 2013-2016*. Madrid, 2014. Disponible en: http://www.mssi.gob.es/ssi/familiasInfancia/inclusionSocial/docs/PlanNacionalAccionInclusionSocial_2013_2016.pdf. Acceso en: 3 mar. 2015.
- NAVARRO, V. *Ataque a la democracia y al bienestar: crítica al pensamiento económico dominante*. Barcelona: Anagrama, 2015.
- OCDE. *Estudios económicos de la OCDE: España*. Paris, 2014. Disponible en: <http://www.oecd.org/economy/surveys/Spain-Overview-Spanish.pdf>. Acceso en: 3 mar. 2015.
- PAKULSKI, J.; WALTERS, M. *The Death of Class*. Londres: Sage Publications, 1996.
- PAUGAM, S. *La disqualification sociale: essai sur la nouvelle pauvreté*. Paris: PUF, 2000.
- POPPENDIECK, J. *Sweet Charity?: emergency food and the end of entitlement*. Londres: Penguin Books, 1998.
- POULAIN, J. P. *Manger Aujourd'hui: attitudes, normes et pratiques*. Paris: Ed. Privat, 2002.
- RICHEs, G.; SILVASTI, T. (ed.). *First world hunger revisited*. Londres: Palgrave Macmillan, 2014.
- SUTTON, D. *Secrets from the Greek Kitchen: cooking, skill, and everyday life on an Aegean Island*. California: University Of California Press, 2014.
- WARDE, A. *Consumption, food and taste: culinary anatomies and commodity culture*. Londres: Sage Publications, 1997.